

su estilo es exacto y medurado, ajeno a la metáfora audaz o al adjetivo contundente. Pero en ese estilo cada palabra encuentra con notable precisión su sitio.

Prosa magistral sin duda. Valéry dice que "una obra basada en el asombro dura la duración del asombro". José Luis González se abstiene pulcramente de todo efecto fácil, de toda altisonancia inútil. Puede decirse que tiene un estilo fundamentalmente recatado. Un estilo casi imperceptible, hecho de despojarse mucho, de callarse mucho.

Sin duda es posible también advertir algunas limitaciones en estos relatos: algunos —como "Santa Claus visita a Pichirilo Sánchez"— dejan ver demasiado pronto el desenlace, otros repiten con distintos ornatos una idea básica excesivamente parecida —"La mujer" y "Breve historia de un hacha"—, y alguno hay —"Me voy a morir"— que de acuerdo al realismo con el que está planteado resulta tal vez un poco increíble en aspectos medulares.

Sin embargo, es indudable que a fin de cuentas los puntos malos significan poco en la suma total. *La galería* es claramente una colección de cuentos que merece un buen lugar dentro de este género tan lleno de posibilidades y de riesgos.

Antología de la pobreza

Por Ignacio Díaz Ruiz

Y los huevos y la leche aportaban lo necesario para mantener a distancia la miseria

La primera impresión de *La Galería*, colección de relatos, de José Luis González es simplemente una hermosa y colorinesca portada plastificada. Sin embargo, de inmediato, en el primer relato, expone su estilo y atrapa al lector.

Su prosa: directa, exacta y precisa nos introduce en un singular mundo donde lo autobiográfico y lo social se entretajan y misteriosamente se dan la mano. Lo primero, tiñe a los relatos de un gran lirismo y manifiesta la sensibilidad del narrador, lo segundo nos confirma el sentido humanístico y el compromiso de este escritor. (En el epígrafe dice: A Puerto Rico, en lucha por su libertad.)

Durante el recorrido por esta deslumbrante galería se puede leer una narrativa fundamentalmente sencilla. En esto, el escritor se muestra en pleno dominio de su oficio. Su lenguaje está despojado de malezas y adornos superficiales, en cambio recupera lo popular y lo integra equilibradamente. Utiliza un lenguaje sin concesiones: limpio y transparente.

Con la seguridad de un conocedor, José Luis González resuelve cada uno de sus relatos con una arquitectura especial. Busca y experimenta diversas construcciones: lineales, circulares; cortes temporales; diálogo; monólogo; en fin, en su docena de relatos encontramos variedad y combinación de estructuras narrativas.

Cuando se termina de recorrer su exposición queda uno satisfecho. Acaba uno de leer un libro perfectamente narrado que viene a sumarse a una serie de relatos "bien" escritos. Pero no es todo, al final siente uno la boca amarga. Indiscutiblemente, paralela a esta galería brillante y perfecta, está otra: subterránea, recóndita, oscura y subversiva. La que nos deja un agrio malestar.

Todo comienza cuando se habla de hacendados y vinos de importación, cuando una mujer actúa para realizar su propia justicia, cuando a través de un sencillo diálogo se deja entrever la situación neocolonial de Puerto Rico, cuando un hombre agónico explica las causas de su situación; en fin, cuando empieza a inundarnos con situaciones típicas de países subdesarrollados: injusticia, hambre, pobreza, ignorancia, sufrimiento, etcétera.

Cada narración recoge una vigorosa relación de los hechos, una escueta y dramática situación de los personajes; mientras el narrador conserva una serenísima ironía, en el trasfondo se observa un angustioso desequilibrio social. Como presencias fundamentales dentro del relato latinoamericano aparecen, también, el box, el beisbol, la cerveza, el ron.

Precisamente en esta galería se hace la luz: los seres reales invaden la literatura, todo el submundo de una región de América Latina — Puerto Rico — recobra su posición dentro de la literatura a través de una observación minuciosa, aguda y, la mayor de las veces, cruel.

"El pobre hasta para morir es desgraciado" se afirma en uno de los relatos, y efectivamente esta colección se convierte en una antología de la pobreza y la desgracia. En primer término: los niños, Pichirilo Sánchez hijo de Sánchez (con toda seguridad) o el negrito Melodía; las mujeres ultrajadas y reducidas a simples objetos; los hombres manipulados por un sistema de opresión y explotación. Y al final, siempre presente la clara conciencia de un escritor que atestigua a través de su narrativa el hecho social de Puerto Rico: Estado Libre pero desgraciadamente Asociado.



Novela

La confusión de Lapsus

Carta para Humberto Guzmán

Por Humberto Guzmán

El mundo o yo, pero nunca los dos. En esta línea podría resumirse una conclusión a la que he llegado. No es difícil llegar a ella después de meditar un poco sobre la literatura hecha por "los jóvenes" en el país, acción motivada, es claro, por una parte suya en especial. Me refiero a un libro de Héctor Manjarrez que lleva por nombre *Lapsus*. Te advierto que no me detendré gran cosa en él —al menos no como debiera— por razones que obedecen directamente a la línea que da pie al texto que lees ahora.

Ahora, como muchos ahora, me siento mal, me siento limitado, oprimido, reprimido...

Debe de ser algo similar a lo que le ocurre al niño que es castigado —mejor aún si es injustamente, aunque no es necesario— y él no puede hacer absolutamente nada para evitarlo, ya no digo para presentar resistencia y menos todavía pensar en la venganza, en la venganza saludable por definitiva e indiscutible.

Hay una palabra terrible que me da vueltas y vueltas en la cabeza. Me he descubierto muchas veces escribiéndola en cualquier papel, en cualquier parte. Incluso, en alguna ocasión, he despertado en mitad de mi sueño con esa palabra en la mente y en la boca. Su sabor agrio y su significado inexorable me llenan de inquietud y angustia. Impotencia. Para mí, el hombre es un impotente. Lo es ante el mundo construido con sus propias manos, lo es ante el curso de las cosas, e, incluso, lo es ante sí mismo, que es peor. Un moribundo es un impotente. Un feto es un impotente. La impotencia marca tanto su entrada como su salida, ¿por qué habría de abandonarlo, entonces, durante el transcurso de su existencia?

No sé tú qué opines acerca del asunto. Yo creo que con un espectro de esa naturaleza, poseedor de un poderío francamente invencible, enfrente, en medio de cualquier camino que elijas, no queda otro recurso que la temeridad de un Luzbel. Porque, en última instancia, las generaciones futuras no existen y las de los muertos tampoco existen. En cambio los que estamos aquí somos tú y yo, y nosotros no podemos hacer absolutamente nada contra el espectro que es un muro imposible de derribar, al parecer. Lo único que nos queda, si es que no queremos permanecer quietos, es irnos a estrellar contra él que, ya sabemos de antemano, ni sentirá nuestro pequeño impacto